



Gustavo Adolfo Bécquer

El dos de mayo en Madrid

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gustavo Adolfo Bécquer

El dos de mayo en Madrid

Las páginas de nuestra historia contemporánea están llenas de nombres y fechas más o menos gloriosas, que en vano los diferentes partidos políticos se han afanado por perpetuar, decretan honor fiestas nacionales, para que un acontecimiento o una figura vivan con la vida de la gloria, que prolonga su existencia al través de las generaciones, no basta un decreto de la Gaceta o el acuerdo de una Cámara; es preciso que hieran las fibras del corazón del pueblo, que se graben en la memoria de las masas y que éstas se lo transmitan de padres a hijos, vistiéndoles, a medida que pasan los años, de esas galas de la imaginación, que constituyen su aureola, y son, por decirlo así, el origen de la leyenda.

El Dos de Mayo en Madrid reúne todas estas condiciones, y por eso basta citar esa fecha gloriosa para que el pueblo recuerde el acontecimiento a que se refiere y los nombres y los más insignificantes detalles de los héroes que en él figuran.

Alguna vez se ha hablado de si es o no político prolongarse el recuerdo de una fecha que podría mantener vivo el espíritu de odio entre dos naciones vecinas. Las grandes virtudes excluyen las pequeñas pasiones; y el monumento del Dos de Mayo, por más que Nicasio Gallego dijese de el

Altar eterno sea,
donde todo español al galo jure
rencor de muerte, que en sus venas cunda,
y a cien generaciones se difunda.

el Dos de Mayo, repetimos, más que un monumento de odio es ara levantada en honor del sentimiento de independencia, el más noble y el más digno de conservarse puro en un gran pueblo.

La cuestión ofrece, pues, muchos puntos de vista, y no es seguramente el menos ilustrado el de los que desean se conserve la costumbre de conmemorar en ese día los nombres de las ilustres víctimas que derramaron su sangre por el amor de la patria. Ni aunque se acordase quitar a esta ceremonia todo lo que puede tener de oficial, el pueblo de Madrid olvidaría esta fecha. Acaso faltaría a la solemnidad el aparato de las Corporaciones que a ella concurren, el del Ejército, que contribuye a su ostentación con su presencia y la anuncia con el estampido de los cañones; pero el pueblo de Madrid, que sabe de memoria la triste y gloriosa relación de aquellos acontecimientos, recorrería mañana como hoy esa especie de viacrucis, cuyas estaciones recuerdan cada una el nombre de una víctima, repitiendo a sus hijos: este es el parque de Monteleón, teatro de

la hazaña de nuestros padres; en aquel pequeño cementerio de la Moncloa duermen el sueño eterno los que cayeron bajo el plomo de los invasores en la montaña del Príncipe Pío; junto a ese muro fusilaron un grupo de patriotas; allí reposan las cenizas de los improvisados jefes del movimiento; ¡esta es, en fin, la casa de Daoiz! Y una corona de siemprevivas puesta por una mano ignorada sobre la tumba de los héroes; un paño negro y una cruz, altar improvisado en el histórico rincón de una calle; una rama de ciprés suspendida de las humildes tapias de un cementerio, encontrando, como encontrarían siempre, eco profundo en la masa popular, valdrían tanto como las más ostentosas ceremonias oficiales, siempre vanas y frías, cuando no responden a un sentimiento que, sin distinciones de partidos, vive en el corazón de todo el país.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

